

CONCEPTOS SOBRE LA CIVILIZACION MOSAICA Y SOBRE LA CIVILIZACION GRIEGA

ANTIDIO CABAL

*Profesor. Departamento de Filosofía.
Universidad Nacional*

Asienta Whitehead que *"A manos de los teólogos de la Edad Media y de la primera época que la sucedió, la tradición platónico-cristiana se había inclinado fuertemente en la dirección místico-religiosa. Abandonaba este mundo al príncipe del mal y concentraba su pensamiento sobre un mundo distinto y una vida mejor"*¹. Para añadir inmediatamente que *"El mismo Platón estudia esta solución al final² de su República, pero le da otro giro distinto del que adoptaron los teólogos posteriores: concibe la República perfecta del cielo como una realización presente e inmediata en la conciencia del sabio y dentro de este mundo temporal, de manera que para Platón, por lo menos en la época en que redactó este diálogo, el placer celestial era realizable en la tierra³ y el sabio era feliz"*⁴

En uno y otro caso, los teólogos y Platón respondían respectivamente con profunda propiedad a su concepción del mundo y del hombre. A través de una milenaria ruta, religiosa e históricamente conocida, los teólogos cristianos eran los puros herederos exaltados de una civilización oriental, que nunca había querido pensar, y que frente a los grandes problemas de la conciencia colectiva y

de la conciencia individual había optado siempre por ignorar la existencia de la razón, la averiguación de las causas y el análisis objetivo de los fenómenos, para remitirse invariablemente a las coordenadas de una legislación y de una ética *reveladas*, que no recomendaban ni aseguraban el intelecto. Una fuerza que había venido operando así, y que por impulso religioso autogeneraba una convicción creciente de la misma materia devino-espiritual en que tautológicamente consistía, era natural que acabara concibiendo, respecto del hombre y del bien, un esquema de felicidad sólo realizable donde la razón y la verdad no pueden ni actuar aquélla ni ser comprobada ésta: en el orden ultraterrenal, en que el espacio y el tiempo como indicaciones de conciencia y acción carecen de validez humana viva. Para el hombre, sujeto sin escapatoria a solucionar *aquí y ahora* el derecho a felicidad hasta la muerte, no le prometía nada esta información de que podría vivir bien después de la muerte; felicidad, por lo demás, bastante expuesta a pérdida. Como en el célebre verso clásico, y cambiando la dirección moral a que en el original se aplica, bien podía decir el hombre, sonriendo o gimiendo: *"— ¡Cuán largo me lo fiáis!"*.

Por modo contrario, Platón era hijo grande y

enriquecido de una civilización que razonaba, en tanto el saber es forma exclusiva de los griegos. Para saber hay que preguntar, observar, objetivar el universo, darle al yo un contenido general en la conciencia, interrogar en Delfos a los dioses e, incluso, no sólo no entregar la independencia del pensamiento a éstos, sino que el hombre mismo abrir una galería de divinidades antropomórficas, para que el diálogo fuera, además de posible, comprensible, y para que los dioses quedaran sujetos a las leyes del universo, que para el griego fue siempre campo de investigación y realidad ensayable sociológicamente. Heráclito apunta, en el fragmento 41, según Diels: *“La sabiduría es una cosa: consiste en conocer”*. Y los griegos entendían este conocer como una labor propia del hombre, que no se recibía de nadie —fuerza natural, espíritu superior—, sino que se adquiría trabajando con la razón. Ser sabio valía a ser hombre conocedor, y ningún griego concebía el conocimiento de manera distinta a penetrar con la razón el mundo total que le rodeaba, captándolo explicativamente.

De otra parte, la civilización mosaica valora al hombre según la escala moral de pecado, noción que de modo preponderante se administra y concibe de acuerdo con una categoría sexual que condiciona la validez del espíritu del hombre frente al Dios —y no sabemos si ha merecido análisis filosófico este aspecto—, habida cuenta que en la concepción mosaica valor espiritual quiere decir valor religioso, y valor religioso a su vez declara en sí la constitución de valer o no valer como hombre, en tanto ser social y en tanto individuo con derecho a felicidad, en el campo directamente sujeto a la acción de Dios, que es, con exactitud, donde el hombre judío o judeo-cristiano cuenta con la única permisibilidad de ser feliz —en la medida en que cumpla con “ideales imposibles”—. Este tipo de moral, que amputa la razón y exige creencia, sin embargo desprecia los valores intelectuales de la naturaleza humana y subordina los sentimentales; paralelamente hace resaltar la condición de malignidad inherente a ésta, y tomando la parte por el todo, entiende que el hombre es la maldad. Y más: en desprecio tal va implícito el concepto de ignorancia del mundo, con desecho de las científicas posibilidades que tienen que ser aprovechadas de la realidad física del universo. Realidad, por lo demás, única que no es conocida y adecuada para el juicio y la comprobación. A esta altura de consecuencias, reducido el hombre a una unidad moral continuamente puesta en duda y por ello mismo no

menos continuamente sometido a prueba, concedido por anticipado su propensión nata al mal, como característica que la tradición piadosa ha acuñado en la frase “la flaca naturaleza humana” y, por la suma de los rasgos enumerados, entregado por completo al juicio, la amenaza y la corrección de unas normas nunca analizadas, nunca vistas a la luz de la razón y del examen de las pruebas, atado de manos, pues, el hombre, y despreciado su medio natural, en que necesariamente tiene que vivir, por considerarse ese medio impracticable para la consecución de la felicidad, del bien, de la justicia, el sistema-judeo-cristiano, así libre ya para la empresa de la concepción del mundo y del destino del hombre, correrá a instalar la solución de los problemas y la constitución de la armonía universal en el orden intemporal, ultraterrenal e irracional del más allá, orden que escapando a toda verosimilitud científica o derecho moral antropológico empieza precisamente a la muerte del hombre, o mejor dicho, empieza en el preciso momento en que la conciencia, más razón, imaginación y sensibilidad, cesa. Pues, a partir del cese de la conciencia es cuando empieza el reino de la teología y, según esta teología, la república perfecta.

Por lo que a la moral del hombre griego concierne, necesario es reconocer que ninguna divinidad omnipotente, desconocida e incontestable impera en el ávido corazón del hombre griego ni se instala por anticipado en su razón, ojo avizor desde donde levanta vuelo un pensamiento que investiga. Tampoco el dios, entonces, aparecerá en la sociedad helénica. Queremos decir que no existe en la Grecia antigua una fuerza espiritual que ordene el orden y las relaciones del orden y del intelecto, y en todo caso esta fuerza o estas fuerzas se verán, llegado el caso, domesticadas por el hombre, conducidas por el hombre. Porque no puede pensarse, conociendo la actuación de los dioses mitológicos, antropomórficos helénicos, que su soberanía sobrepasase la independencia racional del hombre. El muestrario homérico, con su inmensa representación de la actividad de dioses y hombres en empresas comunes, no puede dar un solo caso de aplastamiento de la razón del hombre por el severo juicio de un dios o por la voluntad de un inmortal: habrá castigo, sanción, represalia, pero nunca se verá un hombre consumando un acto, un hecho siguiendo el dictado de unas normas éticas impuestas por una divinidad por modo anterior a la capacidad raciocinante del griego. Tanto menos si frente a las acciones y hechos de los hombres griegos los mismos dioses se dividen en parecer y obras.

Incluso, un hombre, Odiseo, por el instrumento de la astucia consigue burlar, y con burlar vencer, el propósito de un dios, Poseidón: ¿cuándo una categoría de esta naturaleza en la escalera milenaria judeo-cristiana? Rodolfo Mondolfo, ciertamente, fundamenta la tesis⁵, muy bien documentada, de la conciencia de pecado en el hombre griego, regida por las nociones de responsabilidad y culpa. No se trata ahora de intentar ninguna puntualización crítica acerca de la verdad o relatividad de la afirmación de Rodolfo Mondolfo, sino de hacer constar al margen, siquiera a grandes líneas, que esta conciencia de pecado no es una noción que le impida al griego antiguo razonar, y por supuesto razonar revisando esta misma noción de pecado: en ningún momento, ni por piedad, ni por amor, ni por temor aceptará, sin hurgar filosóficamente y sin palpar con la conciencia, cualquier supuesto ético, cualquier norma moral. Desde los tiempos míticos, de Homero en adelante, hasta Eurípides, Platón y Aristóteles, la ética se irá dando sus propias definiciones como creación directamente humana. Así se llegará a una "alta especialización" ética creada por el hombre. El atomismo moral de los sofistas, el yo general de la conciencia socrática, dotada para enfocar objetivamente lo subjetivo, el cielo temporal de **La República** de Platón y la iluminación de la razón humana en la **Ética nicomaquea** indican cómo el griego es autor pensante de su ética, luego de explorar dialécticamente el alma y el cosmos. El hombre griego, en fin, altamente racionante y razonador, es padre de su ética, y en tanto esta paternidad le es propia su centro de operación y su objetivo total de armonía es el hombre mismo. Por el campo de la tragedia y de la poesía el ascenso ético, desde el fondo mítico de los dioses hasta la voluntad humana de determinaciones éticas, es paralelo. El derrumbe de la fatalidad, camisa de fuerza de la libertad de conciencia del hombre, se consigue. Es todo ello la consecuencia natural de una disposición exclusiva de aplicar el sentido común científicamente. Por eso sea tal vez el pueblo griego de la Grecia antigua el único en la historia que se ha transformado, transformando racionalmente la tradición, una transformación en que el hombre fue barriendo de sus sentimientos y de su pensamiento la barbarie y la ignorancia. Y lo que el griego no comprendía, no lo sublimaba. ¿Se puede señalar nada semejante en la civilización mosaica, cuya naturaleza se explica por sus elementos de misterio, irracionalidad y divinización de lo absurdo?

En cuanto al universo, al cosmos, es clara

característica del griego antiguo el haber establecido una correspondencia entre la acción del conocimiento del hombre y la organización intelectual del universo. El hombre griego ve que no solamente es inteligente el hombre, sino que también es inteligente la naturaleza. Lo que explica por qué desde el principio el pensamiento filosófico labora sobre el supuesto de que el universo es explicable, y de aquí la subsecuente racionalización para intentar comprenderlo, acudiendo a esquemas de razón. Que el mundo es inteligente y explicable se conforma en la creencia del griego antiguo de que el cosmos es un "animal", un "organismo", lo que significa una "antropomorfación" del universo. Y cuando el judeo-cristiano vuelve los ojos al universo, es para verlo como expresión informativa divina y en absurda falsificación de las leyes naturales⁶, que obliga, en una especie de opereta teológica, a parar en su carrera a la luna y al sol, o a poner una estrella o cometa al servicio del nacimiento de una divinidad⁷, o a cambiar la conformación de aguas oceánicas y tierras⁸, o bien se acude a la taumaturgia para la multiplicación de alimentos o desafiar las leyes de densidad específica⁹, y otros. Todo lo cual resultaría irreal para el griego, un científico frente al cosmos, del que a veces trae leyes de orden o al que a veces traslada conceptos antropológicos, sociológicos. El hombre griego verá, por boca de Heráclito, digamos, según el precitado fragmento 41, aquí más completo: "*Lo sabio es una cosa: conocer al pensamiento que gobierna a todo a través de todo*": una profesión de fe racionalista, como sabemos elementalmente que eso significa en la filosofía de Heráclito. El hombre griego sabrá entonces que no puede sino realizarse temporalmente, terrenalmente y racionalmente, y que el resto, ya que no es filosóficamente cognoscible, o científicamente demostrable, no merece su preocupación moral ni el interés de su saber. Por lo tanto, de mano de la filosofía pensará que la república perfecta ha de ser levantada antes de la muerte. La justicia, la verdad, la realidad son posibles nada más que donde la razón opera.

El libre albedrío judeo-cristiano es una trampa para la razón, pues ésta deberá actuar en campo de condiciones dadas. No mejor ejemplo para ilustrar que la prueba que hubieron de afrontar Adán y Eva, y su pérdida. Apenas estrenan la vida, y de repente se ven sometidos a una empresa de alta lealtad espiritual en condiciones en que por la concurrencia de factores y *mise en escene* se sabe el terrible final; todos los factores de operación sobrepasan la capacidad de conocimiento de Adán y

Eva, y la plenitud de la trama pertenecen al juez y a la serpiente. Lo que se les prohíbe pretender conocer es nada menos que el principio mismo de la vida, o sea, el aspecto último del saber sin cuya posesión no serán totalmente hombres. Indudablemente, la explicación final pertenece a los altos designios de Dios, que pareciera consistir en tener un pretexto irrefutable para declarar la servidumbre de la raza humana a una fuerza paralizante de la razón. En la prueba misma de Adán y Eva radica para el judeo-cristiano la demostración fehaciente de que la maldad del hombre es innata a éste —su alianza con el espíritu del mal—. Y para nosotros supone el fundamento de un aserto nuestro anterior: que la ética judeo-cristiana responde a una interpretación sexual¹⁰. Y aquí mismo también empieza el desprecio del mundo, porque como transcribimos de Whitehead, el mundo es abandonado al príncipe del mal: Dios les da el mundo a la primera pareja, según esta versión bíblica, y se la da a la serpiente, y la serpiente lo gana en la prueba. Por lo tanto, el mundo del hombre ya no podrá ser éste del hombre, sino aquél de Dios. *Alea jacta est, para siempre*. Y preguntamos: ¿qué concepción del mundo y del hombre es esta concepción?, que sitúa el destino del hombre debatiéndose en un medio que nunca le podrá ser propio, a través de unos ideales irrealizables, que son en verdad unas normas de castigo y reprensión de la naturaleza humana, y enfrentado a problemas y premios que no son posibles a su condición racional, y que caen asimismo fuera de la acción realizadora del hombre, es decir, más allá del sentimiento y del conocimiento. Se está en el reino del absurdo, del que nunca podrá escapar el hombre judeo-cristiano, porque del absurdo terrenal es conducido al absurdo ultraterrenal. Si Dios es el creador del hombre, y es, como hemos visto, también su juez, ¿qué esperar? No debe precisamente entenderse como un halago, sino como una triste suerte, una auténtica fatalidad, el que el hombre haya sido creado a imagen y semejanza de Dios¹¹. Porque Dios no querrá que las cosas sean distintas a como El las quiere, ya que todavía mantiene a la creación en proceso de testimonio de su gloria.

Sin pretender forzar una comparación ni tampoco un paralelismo, es sin embargo bueno como información cómo a partir de sí y del medio natural en que vive, el hombre griego va construyendo sobre un antropomorfismo nunca dudoso la concepción acorde del hombre y del universo, que pretende armonizar. El “diosismo” judeo-cristiano es el autodidactismo razonado del griego. El griego

viaja conceptualmente, por la vía de la investigación pensante y analítica, desde los dioses antropomórficos —museo mítico— hasta el encuentro con una divinidad única, metafísica. Pero todo el proceso sale del hombre y nunca pierde su sello eminentemente de logro humano. La filosofía es el camino precioso. La razón ilumina y es objetiva. La sofística se debatirá en un abanico cuyos argumentos se lanzan por las puntas divergentes, pero mal que bien *dentro* de la cerrada habitación de la ética, y la ética griega es pensamiento, análisis. Será una anarquía, pero una anarquía *dentro* de la razón. Este dominio del hombre para autorizarse a sí mismo a conseguir una interpretación del origen del hombre y de su destino, así como igual paradigma para el universo, producirá siempre soluciones lógicas. En el mundo mítico griego, ya el hombre es el que fija la naturaleza de las grandes concepciones. Prometeo es una obra que ya revela en el griego madurez reflexiva: porque hará que sea un semidiós el “culpable” de que el hombre entre en conocimiento y dominio de la fuente vital que define al hombre, el fuego. Si antes un dios hacía responsable de culpa al hombre, aquí es el hombre el que hace culpable a un dios. Brilla ahora más intensamente ahora la astucia griega que en la Odisea. El robo de Prometeo resulta una acusación imborrable que el hombre establece contra los dioses, porque sólo una sinrazón divina puede negarle al hombre una fuerza sin la cual la vida del hombre limita con las necesidades irracionales. Tal vez sea esto lo que explique el hecho de que el hombre, poseedor del secreto del fuego, se hacía comparable a los dioses: porque los hombres *se hacían definitivamente racionales*. Y esto es lo que le importa al griego: porque a los dioses no se les roba *la inmortalidad*, sino *la racionalidad*. El griego, temporal y terreno, no desapueba el ser mortal. Se trata de un robo científico, para una razón que por centenares de años demostrará que es exclusivamente científica. Como se ve, es una versión a escala humana, comprensible, explicable, sin misterios. No hay anacronismo de ningún género. Y aún más: el castigo que se impondrá a Prometeo no será en definitiva *eterno*, sino que cesará algún día. Y Prometeo es, en lenguaje técnico de la Biblia, un espíritu puro, los mismos que el Dios judeo-cristiano castiga por toda la eternidad. Porque sólo un Dios inapelable puede concebir un castigo eterno —que es precisamente lo que hace imposible la existencia del infierno: su eternidad como castigo, pues a una causa temporalmente limitada corresponde un efecto eterno—. El hombre, en cambio, sólo concibe castigos temporalmente

finitos. Y luego: ¿a qué viene la redención judeo-cristiana, por una falta cometida deus ex machina?

Finalmente, las normas judeo-cristianas las da Dios directamente^{1 2}. Son, por lo consiguiente, leyes absolutas, por cuanto sujetan a su espíritu y letra el pensamiento del hombre y sus organizaciones: el comercio, la justicia, la religión, el arte, el amor, la política, el matrimonio. . . El que sean dictadas por Dios mismo las hace inmodificables por siempre jamás. Un intento en contrario es sacrilegio, es impiedad. Aberración. Se retorna así al desprecio de la razón. Y permanece todo en forma de una ética estática, petrificada, por cuyo camino acabará siendo monstruosa, es decir, ajena a la evolución general del hombre. Con los siglos, un instrumento artificial. ¡Precisamente una ética atrofiada, cuando el hombre, sin cesar, ha venido ensayando sin cesar una ética definitiva, camino de una perfección cuyo logro parece imposible, pero según una imposibilidad que por conocida estimula lo que niega! La ética: la gran ambición de la humanidad. Porque esa ética divina se edifica sobre la culpabilidad del hombre, esa ética es una ética para *vencidos*. Por eso la felicidad se pone en el más allá. Es el vas victis teológico. En léxico histórico, el hombre frente a Dios trabaja en encomienda. La civilización mosaica es una tragedia. La sangre del hombre es degradada.

El dios o dioses de los griegos era, jugando un poco con la fórmula, el hombre mismo. En la civilización griega el hombre produce hombre: los problemas del hombre son los únicos problemas. Y las soluciones son soluciones adecuadas a la naturaleza de tales problemas. La filosofía, la religión, la política, la ética, la estética, etc., no escapan a la fabricación racional del hombre que las crea. En la dirección científica, el griego es el único en empezar a desentrañar las fuerzas del cosmos. No es una casualidad el atomismo, por ejemplo, sino la conse-

cuencia axiomática de los trabajos de la razón. Tampoco es una casualidad, por lo tanto, que la ciudad perfecta de Platón sitúe temporalmente la solución ética la constitución de una sociedad justa. Se trata de una ciudad de hombres, hecha por hombres. La norma es la filosofía, y la filosofía no era de los dioses. ¿Y cómo un filósofo griego iba a poner en manos divinas la construcción de la ciudad de los hombres, cuando los dioses tenían una sucia y desordenada en el Olimpo? Desde que nació con Tales de Mileto, la filosofía, es decir, la razón desconfió de los dioses y les cerró la puerta. El reverso de la expulsión del Edén bíblico está dado.

La estafa del cristianismo fue la falsificación que hizo de la filosofía griega, de la razón del hombre. El cristianismo pervirtió el pensamiento griego. Una fe supersticiosa y gregaria, de espíritu fanático, momificó la fuerza viva del racionalismo griego y desvió milenariamente el progreso científico de la humanidad. Platón, amputado, fue metido en la academia del Decálogo, en el museo del sermón de la montaña, piezas conductoras para pueblos moralmente primitivos, racionalmente inválidos. ¿Ha llegado, desde mediados del siglo pasado, la hora de la rectificación? ¿Nos encontramos de nuevo bajo el signo racionalista, humano? Tras dos mil años de fracaso y de incumplimiento de sus ideales divinos, ¿se abre la puerta de los ideales de la razón del hombre? ¿Es el marxismo el heredero, por lógico, dialéctico y objetivo, de la interpretación científica que del hombre y del mundo practicó el griego antiguo? ¿Ha llegado la hora de la liberalización de Platón? ¿Empieza el programa de la República temporal? Dice Whitehead: *"... me atrevería a aventurar la profecía de que vencerá aquella religión que consiga hacer clara para la comprensión popular alguna grandeza eterna, encarnada en el devenir de los hechos temporales"*^{1 3}.

NOTAS

Aventuras de las ideas. Cap. III. 4.

No al final, sino ciertamente de 367e a 427c.

No sólo en la tierra, más: en una ciudad griega, según **La República**. 470e.

Aventuras de las ideas. Cap. III. 4.

Rodolfo Mondolfo. **La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua.** En tercera parte: "La noción del pecado y conciencia moral en la ética antigua".

Josué. 10.12 y 10.13. **Exodo.** 14 y 15, y 17.6.

7. La estrella de Belén.

8. Cita 6, en **Exodo**.

9. San Mateo. 14.25.

10. **Génesis.** 3.7, 3.10-11 y 3.21.

11. **Génesis.** 1.27. San Mateo. 19.4. San Marcos. 10.6.

12. **Exodo.** 20.

13. **Aventuras de las ideas.** Cap. III. 4.